

HAY PALABRAS QUE PUEDEN  
SALVAR TU CORAZÓN

Esa  
sencilla  
palabra

CATH  
CROWLEY

CROSS  
BOOKS

Esa  
sencilla  
palabra

CATH  
CROWLEY

CROSSBOOKS, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Words in Deep Blue*  
Words in Deep Blue © 2016, Cath Crowley  
© de la traducción: Zulema Couso, 2017  
© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-08-19350-0  
Depósito legal: B. 15.368-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Rachel

Abro los ojos a medianoche y oigo el sonido del mar y de la respiración de mi hermano. Han pasado diez meses desde que Cal se ahogó, pero todavía vive en mis sueños.

En los sueños, líquidos como el mar, me siento segura. Respiro bajo el agua, con los ojos abiertos, la sal no me escuece. Veo un banco de peces plateados como lunas que se mueven debajo de mí. Cal aparece preparado para identificarlos, pero no sabemos de qué especie son.

—Caballa —dice, sus palabras se escapan en burbujas que puedo escuchar.

Pero no son caballas. No son doradas, no pertenecen a ninguna de las especies que nombramos. Son totalmente plateados.

—Una especie sin identificar —concluimos mientras los observamos nadar a nuestro alrededor y alejarse.

El agua tiene la textura de la tristeza: sal y calor y recuerdos.

Cuando me despierto, Cal está en la habitación. Se le ve la piel lechosa en la oscuridad, empapado de agua del mar. Imposible, pero tan real que huelo el salitre y el chicle de manzana. Tan real que veo la cicatriz en su pie izquierdo, un

corte antiguo que se hizo con un cristal en la playa. Está hablando de los peces del sueño: totalmente plateados, sin identificar, que después desaparecen.

Palpo el aire en busca del sueño, pero lo único que toco son las orejas del labrador de Cal, *Woof*. Desde el entierro, me sigue a todas partes como una larga sombra negra de la que no me puedo deshacer. Suele dormir a los pies de mi cama o en la puerta de mi habitación, pero las dos últimas noches se ha instalado delante de mis maletas llenas. No puedo llevarmelo conmigo.

—Eres un perro de mar. —Recorro su hocico con la punta del dedo—. Te volverías loco en la ciudad.

Después de soñar con Cal, nunca puedo dormir, así que me escapo por la ventana y me dirijo a la playa. La luna ha encogido tres cuartos. Es de noche, pero hace tanto calor como por el día. La abuela cortó el césped a finales de la semana pasada, así que se me pegan a los pies briznas de hierba cálidas con forma de cuchillas mientras avanzo.

Nuestra casa está prácticamente junto al agua. Está la carretera, una pequeña franja de maleza y después las dunas. La noche es una maraña de olores. Sal y árboles, el humo de una hoguera a lo lejos en la playa. También está plagada de recuerdos. Chapuzones de verano y paseos nocturnos, salidas a buscar caracolas, blénidos y estrellas de mar.

En dirección al faro está el lugar en el que quedó varado el zifio: un cetáceo gigante de seis metros, con la parte derecha de la cara sobre la arena y el ojo izquierdo abierto. Poco después, un grupo de gente vino a verlo, entre ellos científicos que lo estudiaban y vecinos que lo observaban fijamente. Pero al principio, solo estábamos mamá, Cal y yo aquella fría mañana. Yo tenía nueve años y me parecía una criatura mitad marina mitad pájaro con su largo morro. Tenía unas ganas tremendas de estudiar el océano del que procedía, las

cosas que podía haber visto allí. Cal y yo nos pasábamos el día devorando los libros de mi madre y buscando en internet. «Los zifios se consideran unas de las criaturas marinas más incomprendidas —apunté en mi diario—. Viven a tal profundidad que la presión puede resultar mortal.»

No creo en fantasmas ni en vidas pasadas ni en viajes en el tiempo ni en ninguna de las cosas extrañas sobre las que le gustaba leer a Cal, pero cada vez que vuelvo a la playa, deseo que estuviéramos todos juntos otra vez, el día del zifio, el día que nos mudamos aquí, cualquier día antes de su muerte. Con lo que sé sobre el futuro, estaría preparada. Lo salvaría cuando llegara el peligro.

Es tarde, pero habrá gente del instituto en la playa, así que sigo caminando hasta un sitio tranquilo. Me entierro en las dunas, cubro mis piernas hasta más arriba de la cadera y me quedo mirando fijamente al océano. La luz de la luna lo ilumina, la superficie está cubierta de rayos plateados.

Quiero meterme en el agua, pero no puedo. Quiero estar cerca de la playa y al mismo tiempo lejos. He intentado nadar sin pensar en el día en el que Cal se ahogó, pero es imposible. Puedo oír sus palabras, sus pasos sobre la arena. Lo veo saltar: un arco largo y frágil que desaparece en el mar.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo aquí cuando oigo los pasos de mi madre sobre las dunas; le cuesta mantener el equilibrio. Se sienta a mi lado y se enciende un cigarro, lo cubre con la mano para protegerlo de la noche.

Volvió a fumar tras la muerte de Cal. Después del entierro, me los encontré a mi padre y a ella escondidos detrás de la iglesia. Me coloqué en silencio entre los dos, cogí a cada uno de la mano que tenían libre y deseé con todas mis fuerzas que Cal estuviera allí para ser testigo del extraño hecho

de que nuestros padres fumaran. Papá lleva diez años trabajando con Médicos Sin Fronteras, desde el divorcio. Mamá es profesora de ciencias en el instituto de Sea Ridge. Se han pasado toda la vida llamando a los cigarrillos «palitos de muerte».

Nos quedamos mirando el agua. Mi madre también ha dejado de bañarse en el mar, pero nos encontramos cada noche a la orilla. Fue ella quien nos enseñó a Cal y a mí a nadar: cómo ahuecar la mano, cómo empujar con la palma de la mano y controlar la corriente. Fue ella quien nos aconsejó que no tuviéramos miedo. «Pero nunca nadéis solos», nos advirtió, y, excepto esa única vez, jamás nos atrevimos.

—¿Ya has hecho las maletas? —me pregunta, y yo asiento.

Mañana me marcho de Sea Ridge para irme a Gracetown, un barrio residencial de Melbourne, donde vive mi tía Rose. He suspendido el bachillerato y, como no tengo intención de volver a intentarlo el año que viene y aquí estoy bastante perdida, Rose me ha conseguido un trabajo en la cafetería del hospital St. Albert's, donde trabaja como médico.

Cal y yo crecimos en Gracetown. Nos mudamos a Sea Ridge hace tres años, cuando yo tenía quince. La abuela ya no podía vivir sola, y no queríamos que tuviera que vender la casa. Habíamos pasado con ella todas las vacaciones de invierno y de verano desde que nacimos, así que Sea Ridge era como nuestra segunda casa.

—El bachillerato no lo es todo —comenta mi madre.

Puede que no, pero antes de que Cal muriera, tenía mi vida planeada hasta el más mínimo detalle. Sacaba todo sobresalientes y era feliz. Quería ser ictióloga y estudiar las criaturas marinas como los zifios. Quería a Joel, viajar, ir a la universidad, libertad.

—Tengo la sensación de que el universo ha engañado a Cal, y también a nosotros —le digo.

Antes de que Cal muriera, mi madre me habría explicado tranquilamente y con total lógica que el universo es solo materia y espacio, con diez mil millones de años luz de diámetro, que está lleno de galaxias y de sistemas solares, con sus estrellas y planetas. Toda esa inmensidad no tiene la capacidad de engañar a nadie.

Pero esta noche se limita a encenderse otro cigarrillo.

—Es verdad —me contesta, y echa el humo hacia las estrellas.



# Henry

Estoy tumbado al lado de Amy en la sección de autoayuda de Howling Books. Estamos solos. Son las diez de la noche del jueves, estoy empalmado y, sinceramente, bastante fuera de lugar. No es culpa mía, mi cuerpo ha reaccionado por memoria muscular.

Normalmente, este es el sitio y la hora en la que Amy y yo nos besamos. Este suele ser el momento en el que nos tumbamos jadeantes el uno al lado del otro, ella con la piel cálida, divertida, haciendo chistes sobre mi pelo. Es el momento en el que hablamos del futuro; un porvenir que, si me hubieras preguntado hace quince minutos, estaba totalmente solucionado.

—Quiero cortar contigo —me dice, y al principio creo que está de broma.

Hace menos de doce horas, nos estábamos besando en este mismo sitio. Me vienen también a la mente imágenes de otras cosas que hicimos además de besarnos, y entonces noto que me da un codazo.

—¿Henry? —exclama—. Di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé, lo que se te pase por la cabeza.

—Estoy pensando que no me lo esperaba y que es una putada. —Me cuesta levantarme—. Tenemos los billetes de avión comprados. No se pueden cambiar ni cancelar, son para el 12 de marzo.

—Ya lo sé —me responde.

—Nos marchamos dentro de diez semanas.

—Tranquilízate —me pide, como si fuera yo el que estuviera diciendo cosas sin sentido.

Tal vez esté diciendo cosas sin sentido, pero es porque me he gastado hasta el último céntimo de mis ahorros para comprar un billete de avión para dar la vuelta al mundo con seis paradas: Singapur, Berlín, Roma, Londres, Helsinki, Nueva York.

—Tenemos el seguro y los pasaportes. Hemos comprado las guías de viaje y las almohadas de viaje.

Se muerde la parte derecha del labio, y yo intento con todas mis fuerzas no pensar en besarla, pero no lo consigo.

—Dijiste que me querías.

—Y te quiero —me contesta, pero acto seguido puntualiza con explicaciones depresivas el tipo de amor que siente—. Pero no creo que esté enamorada de ti. Lo he intentado, de verdad, con todas mis ganas.

Estoy seguro de que estas son las palabras más deprimentes de la historia del amor. «He intentado quererte con todas mis ganas.»

Debería pedirle que se marche. Debería recordarle que tenemos un trato, un pacto, un acuerdo sólido que se cerró cuando compramos los billetes de avión que le prohibía volver a dejarme. Debería decirle: «¿Sabes qué? No quiero ir contigo. No me apetece viajar al país donde escribió Dickens, a los lugares donde Karen Russell y Junot Díaz y Balli Kaur Jaswal siguen escribiendo, con una chica que intenta quererme con todas sus ganas».

Pero, joder, soy un optimista y me encantaría ver esos países con ella, así que lo que le digo es:

—Si cambias de idea, ya sabes dónde vivo.

En mi defensa, diré que llevamos tres años cortando y volviendo, no es la primera vez que me deja y que después nos reconciamos. Lo ha hecho en más de una ocasión, así que la historia me da motivos para tener esperanzas.

Estamos tumbados en la sección de autoayuda, una sala en la parte de atrás de la tienda del tamaño de un armario pequeño. Hay el espacio suficiente para dos personas tumbadas, nada más.

La única manera de salir de aquí es pasar por encima de mí, así que hacemos una especie de baile extraño, como una coreografía de lucha a cámara lenta. Cuando está justo encima de mí, se para durante un par de segundos, su pelo me hace cosquillas, y entonces se inclina y me da un beso. Es un beso largo, de los buenos, y mientras dura me permito albergar la esperanza de que tal vez el beso sea tan bueno que consiga hacerle cambiar de idea.

Pero, cuando termina, se pone de pie, se coloca la falda y me dedica una leve y triste despedida con la mano.

—Adiós, Henry —me dice.

Entonces se marcha y me deja aquí, tumbado en el suelo de la sección de autoayuda, como un cadáver. Un fiambre con un billete de avión para dar la vuelta al mundo que no se puede cancelar ni cambiar.

Un rato después, salgo de la sección de autoayuda a rastras y me dirijo hacia el sofá de la sección de ficción: mi cama de día, larga, de terciopelo azul, situada delante de los clásicos. Ya casi nunca duermo en el piso de arriba. Me gustan los sonidos y el polvo de la librería por la noche.

Me tumbo pensando en Amy. Repaso lo ocurrido la semana pasada, analizo cada hora, intentando descubrir qué ha cambiado entre nosotros. Pero yo sigo siendo la misma persona que hace siete días. Soy el mismo que era la semana pasada y la anterior. Soy la misma persona que era la mañana que nos conocimos.

Amy iba a un instituto privado al otro lado del río antes de mudarse a nuestro barrio cuando la empresa de auditorías de su padre llevó a cabo una reducción de plantilla y él tuvo que cambiar de trabajo. Vivían en un bloque de apartamentos en Green Street, no muy lejos de nuestro instituto.

Desde la nueva habitación de Amy, oía el tráfico de la calle y la cisterna de los vecinos. Desde su antiguo cuarto, oía el canto de los pájaros. Me enteré de ese tipo de detalles sobre su vida antes de que empezáramos a salir, en las breves conversaciones que manteníamos de camino a casa después de alguna fiesta, en clase de lengua, durante las horas de castigo, en la biblioteca, cuando se pasaba por la librería los domingos por la tarde.

El día que conocí a Amy, solo sabía detalles superficiales: era pelirroja y tenía el pelo largo, los ojos verdes y la piel pálida. Olía a flores. Vestía calcetines largos. Se sentó a una mesa vacía y esperó a que alguien se pusiera a su lado. Y así fue.

Me senté delante de ella en la primera clase de lengua que tuvimos juntos y escuché su conversación con Aaliyah.

—¿Quién es ese? —oí que preguntaba Amy.

—Henry —le respondió Aaliyah—. Gracioso. Listo. Guapo.

Las saludé con la mano sin darme la vuelta.

—Y un cotilla —añadió Amy, y le dio una patada suave a la parte de atrás de mi silla.

No empezamos a salir oficialmente hasta bien entrado segundo de bachillerato, pero la primera vez que nos besamos fue durante la secundaria. Ocurrió cuando nuestra clase de literatura terminó de estudiar los relatos de Ray Bradbury. Después de leer «La última noche del mundo», a nuestros compañeros se les ocurrió fingir que era nuestra última noche en el mundo y hacer las cosas que nos gustaría hacer si el apocalipsis fuese inminente.

El director se enteró de lo que estábamos planeando y nos lo prohibió. Al parecer, un apocalipsis sonaba peligroso. Nuestros planes se fueron al traste.

Pero aparecieron notas en nuestras taquillas con la fecha del apocalipsis: el 12 de diciembre, el último día de clase. Esa noche, Justin Kent había organizado una fiesta en su casa. «El final está cerca. No os olvidéis de hacer planes», decía la octavilla.

Me acosté muy tarde la noche anterior, pues me pasé las horas intentando escribirle la carta perfecta a Amy para convencerla de que pasase su última velada conmigo. Llegué a clase con la nota guardada en el bolsillo, consciente de que, probablemente, no se la daría, pero con la esperanza de hacerlo.

Por aquel entonces, tenía una mejor amiga genial, Rachel, que ya no lo es por razones que no llego a entender, y mi plan era pasar la última noche con ella a menos que ocurriera algún milagro y pudiese pasarla con Amy.

Nadie prestó atención en clase ese día. Por todas partes había pequeñas señales que indicaban que todo se iba a acabar que pasaron desapercibidas a ojos de los profesores pero que nosotros no ignoramos. En nuestra clase, alguien había colocado bocabajo todos los anuncios del tablón. Alguien había escrito «EL FIN» en la puerta del baño de los chicos. Cuando abrí mi taquilla y me encontré un papel que llevaba

escrito «Solo queda un día», caí en la cuenta de que nadie se había preocupado de perfilar los detalles de cuándo acabaría el mundo. ¿A medianoche? ¿Al amanecer?

Estaba pensando en eso cuando me di la vuelta y vi a Amy a mi lado. Yo llevaba la carta en el bolsillo, pero era incapaz de dársela. En su lugar, le enseñé el papel («Solo queda un día») y le pregunté qué tenía pensado hacer con sus últimas horas.

Se me quedó mirando fijamente durante un rato y al final me dijo:

—Pensaba que me ibas a pedir que las pasara contigo.

Varias personas en el pasillo oyeron su comentario y ninguna de ellas, ni siquiera yo, podía creerse la suerte que tenía.

Amy y yo decidimos que el final llegaría al salir el sol, a las 5.50 de la mañana, según el canal del tiempo. Quedamos en la librería a las 5.50 de la tarde para que fueran doce horas exactas. Después, cenamos en Shanghai Dumplings. Sobre las nueve, fuimos a la fiesta de Justin, y, cuando se llenó demasiado, nos marchamos y paseamos hasta el edificio Benito, donde cogimos el ascensor hasta el último piso, el lugar más elevado de Gracetown.

Nos sentamos sobre mi chaqueta y contemplamos las luces, y Amy me contó cosas de su piso, de lo pequeñas que eran las habitaciones, las canciones de los pájaros que había dejado atrás. Pasaron años hasta que me habló de su padre y de cómo había perdido su trabajo, de lo horrible que había sido oírlo llorar. Aquella noche, solo insinuó de pasada los problemas que atravesaba su familia. Yo le ofrecí visitar la librería siempre que necesitara espacio. Sentada en el jardín de lectura, seguramente oiría cantar a los pájaros. También le dije que el sonido de las páginas al pasarlas resulta de lo más reconfortante.

Entonces, me besó y, aunque no empezamos a salir hasta años más tarde, algo se inició en ese momento. Algunas veces, cuando se quedaba sola después de una fiesta, volvíamos a besarnos. Aunque Amy estuviera con algún otro tío, las demás chicas sabían que mi corazón le pertenecía a ella.

Entonces, una noche, durante el bachillerato, nos convertimos en pareja. Amy vino a la librería. Era tarde y ya había cerrado. Yo estaba estudiando sobre el mostrador. Ella había estado saliendo con un tal Ewan, de su antiguo barrio, pero aquella tarde la había dejado. Necesitaba a alguien de confianza para que la llevara al baile de fin de curso, así que vino a buscarme; se presentó en la puerta de la librería a medianoche.